

¿Asesino? No; él no era asesino : él no quería que le tomasen por un asesino; él era un juez, un verdugo, una fiera, todo, en fin, pero no un asesino.

Dió un paso hacia atrás.

— Acércate — dijo á su ayudante — y verás si soy un asesino; ven á verme junto á la lámpara.

El oficial no se movió.

— ¿No te acercas? — prosiguió — ¿no te acercas? ¿No quieres defenderte? ¿prefieres que te mate como á un perro? ¡Mejor aún... cobarde!

Entonces ella, la mujer que estaba en el lecho al lado del oficial, fué á arrodillarse ante el coronel :

— ¡Perdón — señor — perdón! ¡No le mate usted, no le mate!

La que hablaba así, implorando piedad, era el ama de llaves. El coronel la reconoció, dejó caer el revolver, se arrodilló al lado de ella para verla de cerca, para tocarla, para convencerse de que no era una ilusión; y con las mejillas cubiertas de lágrimas, sonriendo nerviosamente, como un loco, como un maniático, como un idiota, le decía : ¿Eres tú?... ¿Verdaderamente eres tú? Irene... Pobrecilla... ¿Tú? ¿Tú?... ¡Mi buena Irene?... Acércate... ven... Si; sí; háblame... Dime que es cierto, que es verdad... ¡Irene!... mi buena Irene... mi pobrecilla...

## CUENTOS DEL NORTE

## CUENTOS DEL NORTE

*A D. Elías Zerolo*

Tengo un amigo llamado Yalor de Gontrant, cuentista y poeta, descendiente de los antiguos cantores neerlandeses, que vive en Holanda bajo la sombra fría de los encinos bárbaros y que apenas sale de su patria una vez al año para ir hacia el Sur en busca de sol y de entusiasmo. En ocasiones se detiene algunos días en París para contarnos los cuentos y las leyendas que acaba de recoger con piedad de rapsoda moderno en las aldeas septentrionales.

— « Vosotros — nos dice — vivís aquí entre frases artificiales é ideas refinadas. Es necesario que las aventuras de mis princesitas, de mis aparecidos, de mis guerreros y de mis monjas, os hagan comprender que también hay belleza fuera del artificio elegante. »

... Y así, mientras él está entre nosotros, las veladas literarias del barrio Latino terminan siempre con uno de esos cuentecillos del Norte, que son de-

licados, que son misteriosos y que hacen soñar como el opio.

\* \* \*

Un día se me ocurrió preguntarle si las leyendas que nos contaba eran nuevas.

— Sí — me respondió — son nuevas en París donde todos sois ignorantes y desdeñosos; pero en Bélgica y en Holanda son ya antiguas. La más joven tiene cien años, como las hijas del Rey Troldo. Mis amigos y yo, las sacamos de libros viejos, las barnizamos y les ponemos nuestra firma para que *La Independencia Belga*, la *Walonia* y el *Eco Septentrional* nos las paguen. En cuanto llegue á mi tierra he de recortar de mis colecciones de periódicos unas cuantas, de Daxhelet, de Buscher, de Severín, de Khan, de Brohan, de Marrés y mías, para mandártelas.

\* \* \*

He aquí algunas de esas leyendas :

## I

### EL PALACIO DE MÁRMOL ROSADO

« Tilia y el Trovador salieron de la mansión que había sido asolada por el alma roja del Caballero, y caminaron, cogidos de las manos, con los pies descalzos, sin hablar, como dos niños pobres que tuviesen mucho miedo.

« Caminaron por la llanura, durante semanas enteras; caminaron durante largos meses, caminaron, caminaron. Y la llanura, siempre roja, siempre inmensa, se extendía ante sus ojos tranquilos.

« Al fin, una mañana, detuviéronse en las márgenes de un lago cuyas aguas claras y pálidas hacían pensar en un tegido de rayos de luna. Los cisnes de nieve y de ensueño, movían sus grandes alas con estremecimientos de plata, nadando hacia una barca de oro mate.

« El Trovador y Tilia entraron en la barca que comenzó á resbalar, dulcemente y como por encanto, sobre el agua, sin que remo alguno turbara la serenidad del lago.

\* \* \*

« Por la noche los amantes percibieron un parque maravilloso cuyos árboles, mecidos por el aire indolente, producían notas de ritornelo melancólico y antiguo.

» En la playa había una dama majestuosa, envuelta en un manto de púrpura constelado de estrellas de oro.

» La barca se detuvo junto á la dama.

» Y la dama dijo :

» Niños que así os aventuráis en el mar de la Quimera, decidme quiénes sois y de dónde venís.

« Venimos — repuso Tilia — del país de Campinia en donde el alma roja del Caballero, ha dado muerte á los hombres y ha incendiado las aldeas. Yo soy la reina Tilia y este es mi Trovador.

» La dama siguió hablando :

» Vosotros sois quizás los amantes de que habla la leyenda... Yo también soy reina... Soy la princesa desolada de la isla de Tule. En mi reino todos los caballeros perecieron cuando mi padre arrojó la copa del Amor desde la almena de su castillo... Venid y veréis mi palacio de marmol rosado que tiene cien torreones de oro, y el parque misterioso que sirvió de alcoba al rey de Tule y á la reina de Bohemia... Venid... Bajo ese sauce colosal reposan los restos de mi padre; bajo ese otro, los de mi madre

que fué más bella que la aurora; los caballeros fuertes bajo ese encino... venid.

\* \* \*

» Entraron en el palacio por tres puertas de marfil; subieron por tres escaleras de mármol y llegaron á los torreones de oro.

» La princesa tomó asiento y dijo á los amantes pensativos :

» Cuando yo era joven y bella, tuve la cobarde ocurrencia de salvar la isla de Tule seduciendo á los seis reyes que la sitiaban...

» Luego cantó :

... » Vinieron del país de Oriente para conquistar á Tule de las Brumas, seis reyes muy lindos, muy ricos y muy grandes, cuyos amplios mantos de seda, ondulaban entre la bruma. Ante la ciudadela de cien torreones, plantaron sus grandes espadas, jurando por sus seis dioses que el rey iba á morir y Tule á perder sus torreones, cuando el sol disipara la bruma. Á media noche la princesa de Tulé, envuelta en un velo de luna, fué al campo de los reyes enemigos conducida por el cisne immaculado, entre la bruma de la noche bruna. La princesa besó seis veces los ojos de los reyes extranjeros y acarició las seis frentes odiosas... Desde entonces, en las islas de las can-

ciones, sólo hay reyes ciegos que caminan por el bosque, llorando sin derramar lágrima alguna... »

« Sí; mi padre me ha condenado á vagar sin descanso, durante cien años, por la isla que carece de amor... Porque en esta isla no hay amor y todas las criaturas que aquí llegan, deben renunciar, para siempre, á las caricias, y á los besos, y á los deseos. Si vuestros labios murmuran : « te amo; » si vuestros suspiros cantan : « te idolatro, » el alma celosa de mi padre despierta bajo el sauce y cabalga rudamente sobre los cien torreones de oro. »

\* \* \*

« Tilia y el Trovador fueron conducidos misteriosamente á la sala de la torre donde el rey se había erguido muchos años antes para matar al Amor arrojando la copa de oro al fondo del lago.

» Ambos estaban tristes.

» Después de contemplarse con ojos de agonía, apoyáronse en la baranda de mármol rosa, y soñaron.

»... No amarse... ¿Entonces por qué la Noche acaricia al lago con ardor?... ¿por qué el silencio canta canciones dulces?... ¿por qué todo el palacio evoca, con las rosas de su mármol, el mármol tibio de las rosas humanas?... Sin duda la princesa Augusta es-

taba loca... ¿No es cierto Tilia?... ¿Trovador no es cierto?... »

« Sus labios se juntaron para responderse con un beso ardiente y devoto. »

\* \* \*

« Al día siguiente, cuando la princesa entró en la gran torre, vió á sus dos huéspedes convertidos en estatuas de mármol rosado. »

## II

... Así, pues, los enamorados pensativos que, huyendo del país desolado por el alma roja del Caballero, se refugiaron en el castillo del rey de Tule, pagaron el ardor de sus últimos besos con la inmovilidad eterna. La historia me parece sencilla y agradable. También me parece filosófica.

Al pasar por los cerebros modernista de los jóvenes belgas, las leyendas walonas y neerlandesas pierden mucho del sabor arcáico de los antiguos mitos bárbaros, pero, en cambio, adquieren cierta vaguedad refinada que no tuvieron nunca los cuentos primitivos.

Mi buen compañero de Gontrant, ha marcado, al

margen de cada recorte, la época á que corresponde la leyenda. Según sus notas, *El Palacio de Mármol Rosado* es una historieta medioeval; luego viene un croquis del Renacimiento y en seguida un cuadrito del siglo XVIII. Helos aquí :

\* \* \*

#### LAS FLORES SANGRIENTAS DEL APÓSTOL

« Cuando las mujeres dijeron á sus maridos que el hombre de la llanura tenía el dón de augurar, muchos campesinos fueron á preguntarle cómo sería la próxima cosecha.

» Él les respondió señalando la campiña donde se estremecían las amplias olas del trigo :

» El cielo está azul y el viento está calmado; pero no importa; antes de cien horas el cielo se tornará negro y el viento arrancará sin clemencia todas vuestras plantas para arrastrarlas miserablemente entre una tempestad de lodo. Y vosotros lloraréis entonces, porque reisteis cuando yo quise llorar. »

» Algunos días después, en efecto, un huracán helado y sucio, destruyó las grandes sementeras.

» Los hombres sin fe, gritaron, con los puños crispados :

» Esto ha sido hecho por el hombre de la llanura. Nuestras mujeres y nuestros hijos van á morir de hambre...

El hombre volvió á la ciudad, y dijo :

« Venid á mí, yo vengo de la parte de Dios y os traigo la Verdad y la Alegría y la Salud; venid á mí y os diré cómo, después de muertos, vuestras penas serán mayores si no me escucháis; y os daré la bendición y la llave del cielo si creéis en nuestro Señor; venid á mí para aprender, y para consolaros, y para ser buenos...

» La respuesta del pueblo fué una lluvia de piedras y de maldiciones.

» El hombre volvió á la llanura, triste y solo.

\* \* \*

« El jefe de la ciudad mandó, poco días después, una compañía de lanceros con objeto de preguntar al « loco », qué sucedería aún, si el pueblo persistía en no creer en Dios.

» Si el pueblo no cree — respondió — la mitad del pueblo morirá para que la otra mitad puede salvarse.

» Los soldados incendiaron su cabaña y se marcharon riendo á carcajadas.

» Al día siguiente la peste mató á cien mil personas.

\* \* \*

» Entonces los mismos arqueros volvieron al campo por orden del jefe, y se apoderaron del profeta para conducirlo al palacio de la ciudad, en donde fué azotado y encadenado.

» Por la noche del propio día, la comarca toda tembló y la mitad de las casas se derrumbaron, mientras siete hombres de buena voluntad iban á pedir que se les encadenase junto con el hombre de la llanura.

» El jefe, no contento con acordarles lo que pedían, les mandó dar mil azotes á cada uno. Todos sufrieron el castigo sin pestañear y luego se arrodillaron para dar gracias á Dios :

» Somos siete — dijeron — y el profeta nos salvará porque creemos en él y en su Dios.

» Veremos — rugió el jefe — y llamando á sus lanceros, mandó que descuartizaran á los ocho prisioneros y que en seguida regaran por el campo sus miembros macerados y palpitantes.

» Así se hizo.

» Y por eso, desde entonces, las flores de la Comarca de los Arqueros son siempre rojas. »

### III

#### UN SUEÑO

» Recostado en su noble lecho, el adolescente trató de reconstituir la visión 'pálida é intensa de su último ensueño de amor.

» Le parecía estar en una sala extrañamente adornada, entre jóvenes marqueses cubiertos de emblemas antiguos y princesas vírgenes coronadas de flores color de rosa. Todos hablaban de los asuntos de la tierra como de asuntos antiguos y lejanos. Una mujer pálida, sobre todo, decía á los demás su historia, de manera tan serena, que nadie paraba mientes en lo que á sus torturas horribles se refería.

» De pronto un marqués se detuvo ante el adolescente y exclamó : « Unos ha nacido para amar ; otros para ser amados. » Los hombres sonrieron ; las mujeres se pusieron pálidas.

\* \* \*

» ¿Qué más Dios mio?... El adolescente veía las sonrisas, oía los suspiros y se perdía en la vaguedad de su ensueño, cuando una visión precisa apareció

ante su recuerdo en la decoración brumosa de un jardincillo mal alumbrado.

»... Rubia, sí, muy rubia, la virgen iba hacia él; iba despacio por temor de que las dos lágrimas que temblaban en sus párpados resbalaran por sus mejillas. El adolescente tímido salió á su encuentro. Las notas de la orquesta venían de la sala, y en el aire flotaba un aroma penetrante de polvos de arroz y de cabelleras femeninas. »

\* \* \*

» Sentados en un banco de mármol, junto al zócalo frío de un fauno, entre los árboles, el adolescente y la virgen se contemplaban, sin hablarse, sin verse casi, envueltos en el velo de los deseos y de las esperanzas.

» Así pasaron una hora, hasta que detrás de ellos un ruido de besos y de suspiros hizo ruborizarse á la virgen ¡ah, tan rubia! y al adolescente ¡oh, tan tímido!...

» El marqués empolvado volvió á detenerse ante el adolescente y completó así su frase :

»... otros para ser amados, pero sólo los que tienen el alma virgen. »

» Entonces los enamorados se soltaron las manos y se alejaron, temerosos, del zócalo blanco sobre el cual sonreía un fauno de mármol. »

## MARTA Y HORTENSIA

## MARTA Y HORTENSIA

*A Manuel Rodríguez Mendoza*

Al fin de la cena, el hombre de los ojos verdes me llamó aparte y me dijo :

— « Todos esos caballeros que acaban de hablar con entusiasmo de la fidelidad de sus mujeres y del amor de sus queridas, son unos mentecatos, á menos que no sean unos hipócritas. En París y aun en todas las grandes ciudades del mundo, el amor antiguo, el verdadero amor, lo que mi pobre amigo Larcher llamaba amor-pasión, no existe ya sino como caso raro, como asunto de novela ó como signo de debilidad psicológica.

» Por mi parte, yo soy un débil, un atrasado, un superviviente de generaciones antiguas. Yo he creído en el amor como en una religión. Yo he estado loco, sí, loco materialmente, por una mujer que no valía ni más ni menos que las mujeres en general... Usted debe haberla conocido : se llamaba Marta de San Lys, y en el fondo era un monstruo ; pero como te-

nia los ojos muy azules, muy tiernos y muy grandes; la cabellera muy rubia, las manos muy aristocráticas y los labios muy inocentes, todo el mundo la tomaba por un ángel. Marcelo Verdi, el poeta de las *Violetas Envenenadas*, solía llamarla Nuestra Señora de la Sonrisa, y el viejo pintor La Plane le aconsejaba siempre que se vistiese de blanco, toda de blanco, para semejar á las madonas frágiles y enfermizas de los cuadros religiosos de la Edad Media.

» ¡Dios mío!... ¡Cuán fácil es blasfemar inconscientemente!... Yo mismo, que hubiera debido conocerla, arrodillábame todas las noches ante ella para recitarle las letanias de mi pasión. « Rosa — le decía, — rosa virginal, lirio de carne, azucena de amor, puerta de la bondad y de la dicha, ara santa, copa sellada, copa inagotable de placer, ave piadosa, ave blonda, paloma incomparable, sé mía, sé mía siempre! »

» Y en efecto, durante dos años fué mía en apariencia, siempre mía.

» Viviendo á mi lado, dejándose adorar, obedeciendo indolentemente á mis caprichos, dominándome de un modo hábil, adormeciéndose por pereza entre mis brazos, vejetando, en fin, como una planta clorótica en un invernadero de lujo, hacíame creer que Dios había oído mis votos delirantes y que su amor era igual al mío.

» En ciertas ocasiones, sin embargo, viendo el pliegue de cansancio que daba á sus labios una expresión de beatitud infinita, afligíame pensando que mis caricias podían ser demasiado violentas para su piel de seda, y que mi aliento de fuego podía lastimar su boca en flor. Así, más de una vez me propuse no emplear en nuestros juegos amorosos sino procedimientos refinados, procedimientos á la Luis XV, algo que fuese al mismo tiempo pasión y cortesía, esencia de rosas y pimienta, humildad y frenesí...

» ¡Locura! »

\* \* \*

El hombre de los ojos verdes apoyó las manos sobre el mármol de la chimenea, como para refrescárselas, y en seguida se las llevó á la frente.

Luego prosiguió :

— « ¡Ha leído usted las crónicas secretas de la corte de Francia? En una de ellas hay un cuento curiosísimo, una anécdota digna de Brantome. Es la historia de un caballero que dormía con la infanta y que iba á las citas amorosas llevando un látigo para proporcionar á su dulce y real querida el placer de la brutalidad, que, según parece, es uno de los placeres que mejor saben saborear las damas. Á ve-

ces se me figura que si en vez de comprarla ramos de violetas hubiese comprado un azote...

» Pero no... Eso también hubiera sido inútil. Marta tenía, en la sangre y en los nervios — en los nervios especialmente — la misma enfermedad de casi todas las parisienses de su época. Marta no había nacido para el hombre. Don Juan la hubiera hecho reír con sus besos pasados de moda, y el duque de Richelieu sólo habría conseguido llamar su atención gracias á sus diamantes.

» ¡ Creo que nunca, ni en los paseos, ni en los bailes, volvió la cabeza para fijarse en un hombre; no, nunca! Las mujeres, en cambio, la atraían, la seducían, la enloquecían.

» Al principio tomábase el trabajo de buscar mil pretextos para admirar á las que pasaban á nuestro lado ó para entablar relaciones con las que comían en nuestra misma mesa de restaurant. « Fijate en ese traje — me decía, — fijate bien. » Y mientras yo veía una *toilette* cualquiera, ella devoraba con sus ojos de virgen primitiva, con sus ojos divinamente azules, á la que iba dentro del traje.

» Más tarde, su admiración llegó á ser franca, casi descarada. Sus amigas eran todo para ella.

» ¿ Sus amigas, he dicho? No, su amiga; porque Marta no tenía nunca sino una amiga, una sola, que duraba un mes, ó una semana, ó una hora, y que

luego desaparecía de nuestra vida para dejar el puesto á otra. Así, durante los dos años de nuestra existencia común, pasaron por casa más de treinta, más de cuarenta mujeres, todas jóvenes, todas bonitas, que parecían siempre las hermanas de Marta.

» Y yo vivía intranquilo en ese movimiento perpetuo de trajes claros, de cuerpos delicados y de grandes cabelleras, figurándome que mi querida buscaba una hermana del alma á través del mundo, y que su inconstancia femenina no era sino el resultado natural de la selección que todos hacemos al tratar de encontrar un amigo verdadero.

» Tanto llegó á apenarme el espectáculo de esa inestabilidad, que un día, uno de esos días en que un hombre es capaz de todo por complacer á la mujer amada, me propuse ensayar un medio supremo: « Marta — me dije á mí mismo — es mi esposa ante Dios, y si no lo es ante los hombres es porque ella no quiere; Marta forma parte de mi familia; Marta es la mitad de mí mismo; mi hermana es su hermana ».

» Cuando en el fondo de mi cerebro hube pronunciado esta última frase, toda la tranquilidad de mi vida desapareció para siempre. Yo hubiera querido que Marta conociese á mi hermana Hortensia y que fuese amiga suya. Más de una vez estuve á punto de hacer lo que se llama las presentaciones; pero en

el interior de mi ser había algo que se oponía á semejante amistad. ¿Preocupaciones tradicionales, respeto de familia, desprecio vulgar por la mujer que no es nuestra esposa legítima?... Tal vez.

» Los trajes claros seguían yendo y viniendo, ante mis ojos, sin dejar nunca en nuestro nido una impresión de intimidad durable. Y cada día deseaba yo con más ardor ver un solo traje, saber que Marta no hablaba sino con una mujer, encontrarla siempre á su lado, ver siempre el mismo sombrero y el mismo rostro, acabar, en fin, con ese torbellino de caras bonitas que venían, que pasaban, que sonreían y que se desvanecían en menos de un instante.

» Empero, no me atrevía á llamar á mi hermana.

» ¡Ojalá no me hubiese atrevido nunca! Mas una tarde, cuando una cabellera rubia acababa de desvanecerse ante nuestro umbral, Marta me dijo, ó más bien, se dijo á sí misma: « ¡Todas son iguales; todas son falsas! » No pude más: tomé un carruaje y media hora más tarde mi hermana Hortensia entraba en mi casa de soltero, seis meses después de haber salido del convento.

» Desde entonces ninguna mujer volvió á visitarnos. Marta parecía encantada. Hortensia también.

» Durante algunos meses mi dicha habría sido completa á no ser porque en el club los amigos que conocían la amistad que unía á Marta y á Hortensia

me preguntaban irónicamente por « las dos hermanas ». Pero yo no ponía gran cuidado en esas indiscreciones maliciosas, y con los ojos dulcemente entornados, adormeciame en una penumbra de amor y de cariño.

» No obstante, el día del supremo desengaño llegó al fin... ¿No adivina usted cuál fué mi supremo desengaño?... »

\* \* \*

El hombre de los ojos verdes se echó á reír á carcajadas, moviendo los labios febrilmente.

— « ¿No adivina usted...? »

Yo creí que su historia iba á terminar de un modo grotesco, y que el epilogo iba á ser una de esas escenas cómicas que representan á dos camaradas íntimas sacándose los ojos por un adorno de sombrero ó por una rivalidad de elegancias.

— « Verá usted — terminó mi interlocutor — verá usted... Una noche, al volver á casa más temprano que de costumbre y creyendo que Hortensia se había marchado ya, atravesé á obscuras el comedor, llegué al salón, y ya me disponía á abrir la puerta que daba acceso á nuestra alcoba, cuando un murmullo de voces apagadas me heló la sangre entre las venas. La voz de mi querida decía mil palabras dulces, mil

frases apasionadas... y yo las oía, sin poderme mover... ¿ Con quién hablaba? ¿ á qué hombre criminal y misterioso le pedía que jurase fidelidad eterna y eterno amor?... « ¡Dime que no me olvidarás nunca, dime que jamás... jamás... júramelo !... » Sí; era Marta la que solicitaba promesas eternas... « ¡Te lo juro! » respondió otra voz para mí más conocida aún y más familiar que la primera... Mi emoción fué tan grande, fué tan intensa mi cólera, que ni siquiera pude abrir la puerta de la alcoba... Después de todo, ¿para qué abrirla puesto que yo no he sido nunca capaz de matar á dos mujeres?... »

## AMOR IDEAL